

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

Título original: *Els contes de Lesbos*

© 2023, Àngel Burgas, por el texto
© 2023, Ignasi Blanch, por las ilustraciones
© 2024, Palmira Feixas, por la traducción
© 2024, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
editorialbambu.com
bambulector.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig
Primera edición: febrero de 2024
ISBN: 978-84-8343-947-0
Depósito legal: B-269-2024
Printed in Spain
Impreso en Índice, SL
Calle D, 36 Sector C, 08040 Barcelona

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda
del Ministerio de Cultura y Deporte, a través de la
Dirección General del Libro, del Cómic y de la Lectura



El papel utilizado para la impresión de este libro
procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra solo puede ser realizada con la autoriza-
ción de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de
Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si
necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de
esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 /
/ 93 272 04 45).

El niño ya estaba muerto cuando lo encontraron.

Mila los obligó a detenerse antes de señalar con el brazo el lugar donde yacía. Estaba tumbado encima de una roca, encogido de tal manera que, desde donde se hallaban, al principio pensaron que se trataba de una pelota y, después, de un amasijo de ropa.

El viento soplaba con fuerza y les silbaba en los oídos mientras se dirigían hacia el lugar donde estaba el bulto que había descubierto Mila. Al acercarse, descubrieron que se trataba de un cuerpo. El cuerpo de un niño. Un niño muerto.

A ninguno de ellos lo espeluznó el hallazgo. Era un niño muerto, sí, pero todos habían visto ya más de uno. Iba vestido con ropa vieja y sucia (como la que llevaban ellos) y mal calzado (como la mayoría). Hamir le dio una patada suave, para ver si reaccionaba (no reaccionó), y después empujó el cuerpo con el mismo pie para darle la vuelta y verle la cara.

No conocían a aquel niño. Ninguno lo había visto antes. Debía de tener ocho o nueve años, y su piel era bastante oscura.

Sabían que tres días antes había llegado un grupo procedente de Siria; aquel niño muerto podía formar parte de él.

Con un gesto, Mila impidió que Hamir siguiera moviendo el cadáver.

–¡Ya basta! –lo regañó.

–¿Y ahora qué hacemos? –preguntó Castaña.

Mila dijo que nada. Les contó que a los muertos no había que tocarlos. Todos se arrodillaron alrededor del cuerpo, como Mila. Con manos expertas y sin toquetearlo demasiado, ella misma se encargó de comprobar que no llevara nada de valor en los bolsillos de los pantalones.

–Está más pelado que una rata –sentenció.

El viento les revolvía el pelo, especialmente a las niñas, que lo llevaban largo y enmarañado. Si alguien los hubiera visto en aquella situación, tal vez habría pensado que rezaban junto al muerto.

–Dejémoslo tal y como está –sugirió Landro–. Como anunciemos que lo hemos encontrado, se van a pensar que nos lo hemos cargado nosotros.

–No. No podemos dejarlo así –replicó Mila con rotundidad–. A los muertos hay que enterrarlos, y no voy a permitir que se lo coman las aves carroñeras.

–¿Quieres que lo enterremos?

–No. Nosotros no. Debe encargarse su familia.

Nadie sabía quién era su familia.

–Hace poco que murió. Si hiciera unos cuantos días, estaría descompuesto y la peste sería insoportable. Su familia tiene que estar cerca.

Hizo una pausa muy larga, durante la cual todos guardaron silencio, porque intuían que Mila quería decir algo más.

–Debemos encontrar a esa familia. Suponiendo que exista, claro.

Los demás se quedaron perplejos, sin saber qué decir. Mila siempre tenía razón. Siempre le hacían caso. Jamás se equivocaba, confiaban plenamente en ella. Pero lo que acababa de decir no tenía ni pies ni cabeza.

–¿Ahora? ¿Debemos encontrar a la familia del niño muerto ahora? –preguntó Hamir enfurruñado–. Acabamos de escaparnos del campamento sin decir nada a nadie y ¿pretendes que volvamos para encontrar a la familia del niño muerto? ¿Qué más da?, si nosotros...

Mila, arrodillada y observando al niño, lo interrumpió con un grito.

–¡No podemos marcharnos sin asegurarnos de que lo entierren como es debido! Nos dará mala suerte. El espíritu del niño se vengará de nosotros. A mí también me da rabia, pero tenemos que posponer nuestro plan.

–¡No te creo! –replicó Hamir a gritos–. ¡Lo que pasa es que no quieres venir con nosotros porque te molesta que no haya venido Safyeh! ¡Si ella estuviera aquí, no te importaría abandonar a este niño muerto!

Mila no refutó las palabras de Hamir. Se puso de pie enseguida y empezó a caminar en dirección al campamento que acababan de abandonar. No contestó ni a uno solo de los reproches que le hacían sus amigos.

Mientras la veían alejarse, Hamir intentó convencer a los demás de que Mila se equivocaba, de que no tenía razón y de que en aquella ocasión no debían obedecerla. Insistió en que actuaba así porque le dolía la ausencia de Safyeh y argumentó que el objetivo de su pandilla era más importante que aquel cuerpo, que

ya estaba muerto, y que no era problema suyo si lo enterraban o no. Hamir exponía sus ideas a gritos para hacerse oír pese al silbido del viento, mezclando el inglés con su lengua materna, y los otros lo escuchaban sin moverse, sin entenderlo, vacilantes, decepcionados e inquietos. De vez en cuando miraban a Mila, que se alejaba y se iba empequeñeciendo a lo lejos.

Nadie dijo nada. Hamir era el único que insistía con sus gritos y su rabia. Después, las niñas se miraron y echaron a andar detrás de Mila, hacia el campamento. La última fue Sadira. Los niños tardaron un poco más, pero acabaron siguiéndolas. Oían los gritos y los ruegos de Hamir, que les anunciaba que él no iba a regresar, que iba a continuar solo; les decía que eran unos cagados, unos cobardes, unos idiotas. Era como si, a cada paso que daban, el viento indómito devorara sus palabras. Él debía de gritar más fuerte, al darse cuenta de que nadie lo apoyaba, pero los demás, los vencidos imbéciles, cada vez lo oían menos, hasta que dejaron de oírlo.

Al cabo de unos minutos, se volvieron hacia la roca del niño muerto por última vez. Hamir, cabizbajo y caminando despacio, los seguía.

Mila los esperaba cerca de Kara Tepe. Cuando se reunieron con ella, les pidió que se sentaran formando un corro.

–Quiero contaros un cuento.

1. ABDULLAH

*R*esulta que hace muchos años había un rey que vivía en un palacio hecho de oro y de piedras preciosas, con sus tres hijos y sus dos mujeres. Tenían docenas de sirvientes que los atendían, docenas de cocineros que les preparaban los manjares más suculentos. Disponían de soldados armados que los defendían, de abogados que los aconsejaban, de profesores que los instruían y de artistas de circo que los distraían. ¡En el palacio del rey vivían por todo lo alto!

Repantigada en su cojín, la abuela contemplaba el cielo mientras nos contaba la historia de aquel palacio de ensueño. Mis hermanas la escuchaban embelesadas, pero yo no podía dejar de comparar aquel relato inventado con nuestro presente de mierda. ¿Palacio de oro? ¿Reyes felices? ¿Comidas para chuparse los dedos? La realidad de nuestro día a día era la siguiente: nosotros (mi abuela, mis padres, mis hermanas y yo) malvivíamos como buenamente podíamos en un campo de refugiados en medio de

la miseria, amontonados junto a otras familias como la nuestra, todas llegadas de países lejanos y condenadas a sobrevivir donde Cristo perdió la alpargata. Esa era la realidad.

Una sola comida al día, que engullíamos, famélicos, y que no sabía a nada. Agua sucia en la que flotaban trozos de carne blanduzca mezclada con restos de sémola o de patata. Así eran nuestros almuerzos. En medio de aquella situación deplorable y desesperante, mientras se ponía el sol, la abuela contaba a todos sus nietos la hermosa epopeya de un rey con infinitas posesiones.

El palacio tenía tantos aposentos que no se podían ni contar. Estancias inmensas, decoradas con cortinas de terciopelo rojo y negro, con camas gigantescas cubiertas de sábanas de un tacto suavísimo. Raso, seda, hilo... ¡El ajuar más exquisito con el que pueda soñar una mujer casadera! Cada mañana, los sirvientes despertaban al rey y a su familia corriendo las cortinas y abriendo los balcones, y entonces los primeros rayos de sol inundaban las habitaciones y doraban los objetos que se encontraban allí: las mesas más firmes, los ropajes más refinados, los jarrones de porcelana más fantasiosos y delicados, ¡y los juguetes más tentadores con los que pueda soñar un niño!

La abuela contemplaba el cielo mientras se imaginaba las maravillas que se iba inventando, y mis hermanas la escuchaban embelesadas, recreando todas aquellas fantasías. En el suelo, junto al cojín, había una caja de cartón sucia y medio rota que mi hermana pequeña usaba de cochecito para su muñeca lisiada (le faltaba un brazo y un ojo, y no tenía ni un solo cabello). Mi hermana tenía la muñeca en el regazo mientras escuchaba el relato.

Aquella caja era su juguete. Había contenido tetrabriks de leche que las ONG repartían una vez por semana entre las familias del campamento. Mi padre había conseguido pegarle dos ruedecitas de una vieja bicicleta para que su hija menor pudiera pasear a su muñeca tuerta de plástico. ¡Menudos chirridos emitían aquellas ruedas oxidadas! ¡Qué ruido tan desagradable!

¿Servía de algo que la abuela nos pintara un cuadro resplandeciente de riqueza cuando vivíamos en un antro lleno de charcos de agua turbia y sin nada con lo que calentarnos las noches frías de invierno? Pues sí, de algo debía de servir, porque mis hermanas estaban muy atentas y aparentemente no echaban nada en falta mientras les relataba la historia. No, ni una sola de las pequeñas comodidades que todo el mundo necesita para vivir.

Cada una de las mujeres del rey tenía su propio aposento, espacioso e inundado de luz. La reina Tigris compartía el suyo con la princesa Laila, la hija mayor del rey. La reina Hugah convivía con los príncipes Yerom y Yunai, los hijos pequeños del rey. Las dos consortes se llevaban de maravilla. Cada mañana, nada más levantarse, mientras el monarca departía sobre los asuntos de gobierno con sus ministros, abogados y militares, las reinas y sus hijos desayunaban, en invierno en una gran sala, y en verano debajo de una carpa en el jardín. Los atendían docenas de criados, y degustaban, hambrientos, pan recién horneado, mermeladas sabrosísimas y frutas fresquísimas de los árboles que crecían en los jardines del palacio.

La única nota discordante en aquella maravillosa sinfonía era la actitud del príncipe Yerom. Casi nunca se reía y trataba de rehuir la compañía de los demás. Solo participaba en los juegos y

colaboraba en las actividades familiares si lo obligaban. Siempre intentaba escabullirse a la habitación de su madre y se pasaba horas observando con desagrado lo que veía por la ventana. No le gustaba oír a la reina Tigris cantar ni a su hermano y su hermana entretenerse. No soportaba que la gente adulara al rey, ni que lo sirvieran. Tenía un ademán enfurruñado. Nada lo complacía, nada lo entusiasmaba.

–¡Tu hijo nos ha salido melancólico! –bromeaba la reina Hugah, dirigiéndose a su marido.

Un día de julio, mientras desayunaban debajo de la carpa, el príncipe Yerom se encontró mal. El rey interrumpió sus quehaceres para ordenar que fueran a buscar al anciano doctor que veía por la salud de la familia real. El sabio llegó enseguida y auscultó con un fonendoscopio el pecho de Yerom, que yacía en la cama. A continuación, le palpó el vientre y olió el aliento que exhalaba el pequeño mientras respiraba con dificultad.

–Este niño ha ingerido un veneno que le quemará el estómago –sentenció el médico ante la familia– y, si no conseguimos que lo expulse, su vida corre peligro.

–¿Veneno? –se exaltó el rey–. ¿Crees que alguien lo ha envenenado?

–Tal vez lo haya hecho él mismo sin saberlo, majestad. Quizá se haya tragado algún fruto o alguna hiedra venenosa.

El rey y las dos reinas interrogaron a los hermanos del príncipe. Les preguntaron dónde habían jugado la víspera; si, por curiosidad, habían probado la semilla de alguna planta o el pétalo de alguna flor. Quisieron saber si los había atacado algún animal, si les había picado algún insecto. La reina Hugah reunió a todo el personal del palacio para saber si alguien había dado a su hijo algún alimento o alguna bebida que pudiera ser tóxica.



Pero nadie había dado nada al príncipe, ni ninguno de sus hermanos lo había visto llevarse nada a la boca ni acercarse a ningún animalillo.

El príncipe Yerom estaba blanco y frío como la nieve. Casi no se movía y había cerrado los ojos y la boca. El rey había ordenado correr todas las cortinas del palacio y había obligado a mantener un silencio sepulcral mientras su hijo se debatía entre la vida y la muerte. Hizo llamar a los mejores botánicos, a los mejores campesinos y a los mejores jardineros para que buscaran por los bosques el tronco maligno del que había brotado el fruto venenoso. Congregaron en el palacio a los mejores cocineros, a los mejores químicos y farmacéuticos para encontrar, suponiendo que existiera, el producto causante del mal que sufría el príncipe. Aquella multitud trajinaba por las cocinas, las despensas, los jardines y los bosques, día y noche, en un silencio absoluto.

Las dos reinas no se separaban del príncipe yacente, cada vez más encogido y debilitado. Los hermanos de Yerom habían subido al desván del palacio y, sentados en el alféizar de una ventana, observaban cómo todo el mundo buscaba la causa del envenenamiento.

–¡Ese maldito demonio anda por aquí –insistía el rey, abarcando con la mirada el perímetro del palacio– y no cejaré hasta que lo atrape!

El sabio doctor había determinado que solo un antídoto podría detener la enfermedad del príncipe, y que solo se podría elaborar una vez que supieran cuál era la causa del envenenamiento. El médico disponía del Gran Libro de los Antídotos y, con la colaboración de dos viejos brujos, podía fabricar cualquiera de ellos, pero antes había que averiguar qué era lo que debían combatir.

–Si la causa de la enfermedad es una flor –explicaba una y otra vez al rey y a sus esposas–, debemos saber de cuál se trata, y entonces podremos preparar la poción correspondiente con la savia de todas las flores que propone el libro, majestad. Si se trata de la mordedura de un animal o de la picadura de un insecto, la poción milagrosa deberá fabricarse con la sangre de los animales indicados. Debemos saber con exactitud cuál es la causa del trastorno para poder contrarrestar sus efectos.

Una mañana, cuando la esperanza de salvar al príncipe era ya tan frágil que todos aquellos que lo amaban tenían los ojos llenos de lágrimas, Yerom despegó los labios para pronunciar una única palabra.

–Envidia –susurró.

El rey interrogó al viejo médico y este abrió el libro de los antidotos, que tenía a mano.

–«Remedio contra la envidia» –leyó en voz alta–: «Sacrificar todo aquello que pueda producirla».

–¿Qué demonios envidia mi hijo? –se preguntó el rey.

La abuela clavó la mirada en mis dos hermanas antes de concluir la historia:

Se cuenta que, muchos años después, el rey Yerom vivía solo en un caserón ruinoso y envuelto de miseria, alejado del reino de su padre. Por la noche, sentado en una vieja butaca ante el pequeño fuego que ardía en una chimenea ennegrecida, rememoraba todo lo que había poseído antaño, que había sido aniquilado con el fin de curarlo. Recordaba que, de niño, cuando vestía lujosos ropajes en lugar de los harapos que cubrían su esquelética desnudez, envidiaba la belleza de su hermana Laila, la inteligencia de su her-

mano Yunai, la tenacidad de su madre, la maravillosa voz de la reina Tigris cuando cantaba nanas, el coraje de su padre, la fortaleza de los soldados, la capacidad de trabajo de sus criados, el ingenio de sus bufones. También envidiaba la placidez de los jardines, el color de las flores, la fidelidad de los perros, la robustez de los árboles, la solidez de los muebles y los demás objetos. Envidiaba las palabras amables que se decían los unos a los otros. Envidiaba los gestos de afecto, las muestras de complicidad. Y envidiaba especialmente la atención con la que sus hermanos escuchaban los cuentos que les narraban, como yo ahora. Y, colorín, colorado, este cuento se ha acabado.

* * *

Mila era una niña especial por varias razones que la convertían en la líder de la pandilla, y disponía de un poder natural que nadie le cuestionaba jamás.

Había llegado sola al campamento, sin sus padres, sin su familia. Tenía un par de años más que nosotros y era alta y tenía el cuerpo formado como el de una mujer. Su tono de piel era más oscuro que el nuestro. No sonreía ni hablaba más de la cuenta y, cuando decía algo, siempre era en un inglés rudimentario (como el nuestro). Al hablar, desprendía una seguridad y un sentido común incontestables. Sus sentencias eran claras, justas y razonadas. Nunca era la primera en contestar o en proponer algo. Antes, dejaba la mirada perdida, como si se concentrara en lo que iba a decir, y el resto esperábamos expectantes su respuesta. Jamás se equivocaba. Parecía haber valorado los pros y los contras antes de emitir un veredicto.

Mi abuela decía que Mila era una chica triste, que había su-

frido todas las desgracias que se pueden vivir, y que esas experiencias terribles la habían hecho fuerte.

–Es como si ya lo hubiera perdido todo, y por eso se muestra tan valiente: porque sabe que ya no puede perder nada más.

Cuando Mila llegó al campamento, estuvo viviendo en Moria, en el pabellón que llamábamos de los huérfanos. Más tarde, la señora Faruka le encontró una madre adoptiva, la señora Hadis, que se la llevó a su casa. La señora Faruka era médica. Había ejercido en otros países y tenía formación y titulación. En el campamento, trabajaba con médicos llegados de Europa. Conoció a Mila en una revisión rutinaria y le pareció una chica sensata y responsable. Una niña desgraciada que no se merecía vivir sola. Por eso intercedió para que la señora Hadis le hiciera de madre.

Mila no solo era popular en el campo por el hecho de haber llegado sola, sino también por la historia que se contaba (y que ella nos confirmó) sobre su huida de Nigeria, el país donde vivía. Sus padres y su hermana habían sido asesinados. Ella había logrado escaparse con unas vecinas y, tras muchos obstáculos y aventuras terribles, habían conseguido refugiarse en otro país llamado Libia. La situación en el campo de refugiados donde acabó se volvió insostenible, porque aquel país también estaba en guerra, y Mila decidió huir sola. Entonces le hablaron de Europa. Y ella, como todos nosotros, decidió que allí se iría.

–En un mapa, me enseñaron dónde estaba Europa. Y estaba muy lejos, arriba del todo –nos contó un día–. ¿Cuánto tiempo tardaría en llegar allí yo sola? Meses. Años, quizá. Unos niños que me encontré por el camino me dijeron que se podía volar. Como un pájaro.

–Cuesta muchísimo dinero montar en avión...

–No se referían a volar dentro, sentada, sino a colarse en la parte de abajo del aparato, en el agujero donde se esconden las ruedas durante el vuelo.

–¡Un avión no tiene ruedas! –la contradijo Castaña.

–¡Claro que tiene! Antes de despegar y de aterrizar, el avión usa unas ruedas para correr por la pista. Y resulta que hay un agujero en la panza del aparato donde se recogen esas ruedas.

Yo había oído hablar de chicos que se escondían debajo de camiones para cruzar la frontera sin ser vistos. O que se pegaban a los bajos de un autocar. O en la sala de máquinas de un barco. Pero nunca había oído que nadie se escondiera dentro de un avión.

–Aquellos niños libios me llevaron al aeropuerto y me quedé una semana cerca de una pista larguísima. Había poco tránsito y poca vigilancia. Del edificio del aeropuerto me llegaba una música que debía de ser de la radio. Cada dos noches, tres aparatos grandes como tres pájaros gigantes de hierro dormían en las pistas. Llegaban a media tarde y yo veía cómo se acercaban desde el cielo y cómo, antes de alcanzar el suelo, les salían unas ruedas de la panza que rodaban por la pista. A medianoche, yo salía de mi escondite. Todo estaba a oscuras y nadie me veía. Me acercaba a los aviones y me ponía debajo. Entonces veía el lugar de donde salían las ruedas: dos agujeros a ambos lados del aparato. Tendría que meterme allí, en aquel espacio, si quería ir a Europa.

Mila comprobó que los aviones siempre despegaban cada dos días a la misma hora: primero uno, después el otro y, finalmente, el tercero. Pensó que el más grande, el primero que despegaba, era el que iba a Europa.

–Cuando empezaba a clarear, una hilera de pasajeros cruzaba la pista desde el aeropuerto y subía por una escalera móvil para

entrar en el avión. Mientras tanto, llegaba un carro lleno de maletas. Unos trabajadores del aeropuerto las metían en la bodega. Los niños libios me habían contado que toda esa gente eran turistas ricos que habían ido de safari.

Ella debía ser la primera en subir al avión, pensó, antes de que llegaran los pasajeros y las maletas. También sería la mejor hora para que no la vieran. El problema era la altura del avión en el lugar donde se abría el agujero encima de la rueda. ¿Cómo treparía hasta allí? Imposible hacerlo a través del hierro larguísimo que sujetaba la rueda. Imposible amontonar cajas o cualquier otra cosa debajo del agujero, porque no podía dejar ningún rastro de su presencia. Tuvo la gran suerte de recibir una visita de los niños que la habían llevado al aeropuerto unos días antes.

—Vinieron a ver si ya me había marchado a Europa. Yo les conté el problema de la altura del agujero. Ellos me dijeron que se quedarían conmigo aquella noche para ayudarme de madrugada. Uno de ellos era bastante alto, como yo.

A las cinco de la madrugada, Mila y los dos niños se dirigieron hacia el pájaro de hierro. Un operario estuvo a punto de verlos, pero les dio tiempo a tirarse al suelo. Cuando el hombre hubo inspeccionado el avión, los tres se encaminaron hacia el agujero. El niño alto cogió a Mila en brazos, tal y como habían ensayado la tarde antes, hasta que ella pudo apoyar los pies en sus hombros y ponerse de pie. Sadira dice que ella ya había visto eso en un circo, cuando vivía en Alepo: los equilibristas subían los unos encima de los otros y construían torres humanas de dos y tres pisos. Con mucho esfuerzo y la mochila colgada a la espalda, Mila mantuvo el equilibrio sobre los hombros del niño hasta que alcanzó el borde del agujero con los dedos, y entonces

se impulsó hacia arriba con todas sus fuerzas. Estaba agotada, pero no podía darse por vencida. La operación de entrada en el avión debía producirse con la máxima rapidez.

Por fin, cuando ya había conseguido apoyarse con los codos en el interior del agujero, el niño la soltó y, junto con su compañero, echó a correr para esconderse. Durante unos segundos, que a Mila le parecieron eternos, las piernas de la fugitiva quedaron suspendidas en el aire, sacudiéndose alocadas como si fueran las de un animalillo que el pájaro estuviera expulsando por el culo. Mientras Mila lo contaba, Castaña se echó a reír.

Unos días atrás, antes de llevarla al aeropuerto, los niños la habían advertido de que debía conseguir toda la ropa que pudiera, porque durante el vuelo del pájaro de hierro pasaría un frío atroz. Mila había metido toda la ropa que había juntado en una mochila: dos pantalones, tres jerséis, dos pares de calcetines, una gorra, dos bufandas y una manta vieja para las piernas.

Dentro del agujero, el espacio era muy reducido, de forma circular y lleno de cables enredados por todas partes. Todo estaba sucio, polvoriento y olía a queroseno. Había un par de lucecitas que se encendían y se apagaban. Antes que nada, de pie entre el cableado, observando fascinada el agujero redondo que se abría a sus pies, Mila se puso toda la ropa que llevaba en la mochila.

Poco a poco, al despuntar el día y siempre a través del gran agujero que tenía a sus pies, Mila oyó llegar a los operarios, a los pasajeros y a los oficiales de vuelo. También oyó el motor del carro de las maletas y cómo alguien las lanzaba a un espacio cercano a aquel donde se encontraba ella. De lejos, oía el servicio de megafonía que anunciaba la salida del vuelo. Como apenas lo escuchaba y era en una lengua distinta a la suya, no pudo averiguar a qué ciudad de Europa se dirigían.

–Y, de repente, empezó –nos contó Mila–. Los motores se encendieron y todo comenzó a temblar. Me acordé de los días de guerra en mi país. De las explosiones de las bombas. También pensé en un terremoto. Estaba muerta de miedo.

Se agarró muy fuerte al cableado que recubría aquel diminuto espacio. El ruido de los motores del avión era ensordecedor. Pasaron varios minutos hasta que el pájaro de metal empezó a moverse. Mila se agarró aún más fuerte a los cables y hierros que colgaban. Estaba convencida de que, si se soltaba, se iba a caer por el agujero, porque el aparato corría a una velocidad vertiginosa. Era como si un tornado se hubiera introducido en el interior del avión. Daba unas sacudidas fortísimas y ella temblaba como si sufriera un ataque de epilepsia.

De repente, el suelo de la pista que vislumbraba a través del agujero se fue empequeñeciendo: el avión despegaba. Llegó a ver el tejado de cañas del aeropuerto y una especie de torre de vigilancia. Después, solo copas de árboles que brillaban con la primera luz del día.

A continuación, un estruendoso chirrido acompañó el repliegue de la rueda mientras esta subía y entraba por el agujero. Un mecanismo permitió que, una vez dentro, a pocos centímetros del cuerpo de Mila, que se sacudía con violencia, la rueda se colocara en posición horizontal y un cierre metálico se deslizara desde el suelo y dejara el agujero cerrado herméticamente con un clic.

Entonces todo se calmó un poco. El temblor ya no era tan fuerte y la corriente de aire que parecía un vendaval se detuvo. En aquel momento, cuando Mila dejó de tirar de los cables a los que se sujetaba, empezó a notar el frío.

–No os lo podéis ni imaginar. Jamás había pasado tanto frío. Sentimos como si me enterraran en un bloque de hielo.

Mila pudo sentarse entre los cables. Los dientes le castañeteaban. Al final se desmayó. Menos mal que le había dado tiempo a envolverse con la manta. Y menos mal que se despertó cuando volvió a oír un ruido espantoso antes de que el agujero se abriera de nuevo para que bajara la rueda. Entonces se puso en pie, mareadísima, y volvió a agarrarse al cableado para no caerse al vacío.

–Me encontraron poco después. Me llevaron a un hospital en ambulancia. No recuerdo nada porque estaba inconsciente. Al cabo de unos días, una agente de policía me dijo que estaba viva de milagro. Que la mayoría de la gente que se escondía en el tren de aterrizaje de un avión se moría. El agujero se llama así: tren de aterrizaje.

–¿Llegaste a Europa?

Mila soltó un hondo suspiro, bajó la mirada y negó con la cabeza.

–No tuve suerte. Aquel avión no iba a Europa. Ni era tan grande como me parecía ni iba tan lejos. El pajarraco de hierro solo voló media hora y me dejó en un aeropuerto cercano, en el mismo país. No –insistió Mila, negando con la cabeza–. No tuve suerte.

–Sí que la tuviste –la contradijo Castaña–: estás viva.

En lo alto de una colina, en medio de una frondosa selva de árboles altísimos, se alzaba el palacio de un rey que tenía doce hijas. De hecho, no era la residencia real, sino la casa de las doce princesas. El rey y su corte vivían en la ciudad, a orillas del río. Allí residían el Gobierno y los soldados preparados para la guerra, y allí trabajaban los súbditos, no solo en los campos de cultivo, sino también en las canteras y las minas que rodeaban la ciudad

y que eran su fuente de riqueza. Y entonces, os preguntaréis, ¿qué hacían las doce princesas en lo alto de aquella colina de la selva? El rey, su padre, las había encerrado allí para protegerlas.

¿Protegerlas de qué o de quién?, os preguntaréis. El rey tenía la respuesta: de todo y de todo el mundo.

La madre de las chicas, que había muerto en el último parto (el número doce), había sido la mujer más hermosa de la región. No pertenecía a la nobleza como su marido, ni a ninguna familia aristocrática de los pueblos vecinos. No, la reina había sido una simple campesina de una belleza tan exagerada que el rey se había enamorado locamente de ella. Tuvo que luchar contra la tradición y contra su propia familia, que no salía de su asombro de que el rey se hubiera prendado de una campesina.

El caso es que, después de enfrentarse con todo el mundo, el rey se salió con la suya. La reina parió doce hijas, cada una más hermosa que la anterior, suponiendo que eso sea posible. Durante veinte años, la reina se dedicó en cuerpo y alma a parir, primero, y a amamantar, después, a sus hijas. Los últimos partos fueron complicados y la pobre mujer se pasaba más tiempo tumbada que de pie, auxiliada por un ejército de comadronas. Finalmente, en el duodécimo parto, el cuerpo le dijo basta y, justo cuando acababa de expulsar del vientre a la última de sus criaturas, se le extinguió el aliento.

La primgénita tenía casi veinte años cuando nació la menor.

–Tendrás que hacerle de madre a tu hermana –le ordenó el rey–. Las mayores ayudaréis en la tarea de criar y educar a las pequeñas. Dios ha querido que vuestra madre se marchara, y es ley de vida que os cuidéis las unas a las otras.

El rey puso a disposición de las princesas un elenco de veinte criadas: niñeras, cocineras, camareras, enfermeras e incluso



una especie de institutriz europea que hablaba en inglés. Todas ellas se dedicaron en exclusiva a cuidar a las doce huérfanas. Sin embargo, la cantidad de niñas que correteaban por las dependencias del palacio sacaba de quicio al rey y a sus consejeros. Entonces, el soberano mandó construir un palacio junto al suyo. Aquella sería la residencia de las princesas. El nuevo edificio constaba de una sala de juegos inmensa y de un aula provista con todo lo que necesitaban las niñas para recibir las clases de las mejores maestras del reino. Alrededor del salón y del aula, se abrían los aposentos privados de las princesas. Dos guardias reales de punta en blanco vigilaban día y noche las puertas de la residencia y no permitían que nadie entrara ni saliera sin su consentimiento.

–Pero las niñas crecen –dijo la abuela, dirigiéndose a mis hermanas–. Vosotras lo sabéis mejor que nadie. Y entonces, al margen de los juegos infantiles y de las lecciones diarias, las mayores empezaron a mostrar interés por las cuestiones sentimentales, que, a partir de cierta edad, enardecen el corazón de las muchachas: la amistad y el amor.

Los guardias de la puerta informaron al rey de que últimamente habían detectado la presencia de personas ajenas a la familia en la residencia de las princesas. Primero, las hijas de las limpiadoras o de las cocineras, o las alumnas de las maestras que estudiaban en la ciudad. Después, también los hijos de algunos consejeros y de campesinos o sirvientas. El rey preguntó a sus hijas quiénes eran aquellas personas que se introducían en el palacio y quiso saber cuál era su propósito. Sus hijas, cabizbajas, se limitaron a contestar que iban a jugar, a contarles cosas, a re-

velarles secretos o rumores, a intentar seducirlas. Vamos, lo que suelen hacer los jóvenes cuando se les enciende la chispa de la libertad y abandonan la vigilancia paterna.

El rey no podía consentirlo. ¡Eran sus hijas! ¡Eran las princesas más hermosas del mundo! ¿Cómo se atrevía un campesino o el hijo de una costurera a intentar robarles el corazón?

–¡Padre! ¿Verdad que nuestra madre fue campesina antes que reina? ¿Verdad que te enamoraste y te casaste con ella en contra de la opinión de tu familia?

–¡La situación y las circunstancias eran distintas! –se defendía el rey–. Vuestra madre era una flor salvaje a quien yo tuve que pulir. En cambio, vosotras sois flores esbeltas y sofisticadas, y no permitiré que ninguna mala hierba os enrede con sus tallos y os eche a perder.

Antes de que fuera demasiado tarde, y pese al dolor que le provocaba tener que alejarse de ellas, el rey ordenó construir un tercer palacio para sus hijas, pero esta vez muy lejos de su reino, en la cima de una colina, en medio de una selva.

–Padre –se lamentó la mayor–, tú no pretendes protegernos, sino encarcelarnos. Ya no seremos las flores de las que quieres alardear, sino las esclavas a quienes privarás de libertad.

El rey se mantuvo en sus trece. Una noche, al despuntar el alba, dos carruajes salieron del palacio; en ellos iban las princesas y los soldados, y se dirigieron a aquella lejana cárcel inaccesible.

–Mis hijas son las flores más bellas del jardín –contaba el rey a quien quisiera escucharlo– y no permitiré que nadie las pervierta.

Aisladas del mundo, las doce princesas pasaban las horas en la terraza del nuevo palacio. Siempre juntas, las unas junto a las

otras, mirando sin verlo el bellissimo paisaje que las rodeaba. El único visitante que acudía, una vez al mes, era su padre.

–¿Por qué estáis tan mustias, florecillas mías? ¿Por qué no brilla una sonrisa en vuestros hermosos rostros? Tenéis todo lo que una persona puede desear en la vida. Las comodidades, la protección, los regalos. Cada día os hago llegar las comidas más sabrosas, los vestidos más elegantes y los juguetes más increíbles. ¿Por qué me recibís, día sí y día también, con esas caras tan mustias?

Con el paso del tiempo, el número de princesas fue menguando. La primera en marcharse fue la mayor. Se escapó con uno de los soldados que las custodiaban. El rey, exasperado, dio la orden de búsqueda y captura de los fugitivos, pero nadie consiguió encontrarlos. La segunda y la tercera huyeron solas; la cuarta se arrojó de la torre más alta. La quinta y la sexta se escondieron en el carro que les llevaba la comida y nadie volvió a verlas. La séptima murió envenenada por un brebaje que le ofreció una bruja que vivía en la selva.

Solo quedaban cinco, las más jóvenes, y el rey, impotente, mandó encerrarlas en celdas individuales para impedir que cayeran en la tentación de huir o de suicidarse como sus hermanas. Una dejó de comer; la otra se volvió loca; la tercera suplicó a un soldado que la matara, y la cuarta imploró a otro que se la llevara tan lejos que nunca pudieran encontrarla.

Al rey solo le quedó una hija. Tal vez la más hermosa. Tal vez la más prudente. Tal vez la más miedosa. Tal vez la que más lo quería.

–Ya ves, hija mía, cómo me ha maltratado la vida. Pese a que mi único deseo era adoraros y protegeros, solo he recibido odio y tragedia. Quise dároslo todo y me he quedado sin nada.

–De un campo raso, salvaste la flor más hermosa. En cambio, de un jardín bellissimo, no has salvado ni una sola.

–Te he salvado a ti. Quiero pensar que no todo ha sido en vano. Eres mi heredera y mi reino es tuyo. Tú serás la reina.

Hace muchos años, en un palacio construido en la cima de una colina en medio de una selva, vivía un viejo rey amargado y solitario, olvidado por todo el mundo, que no recibía ninguna visita. Desde los ventanales de su torre, inválido y medio ciego, el viejo rey observaba, medio borrosa, la silueta de una campesina que se afanaba en el huerto, que también hacía de pastora y sacaba el rebaño a pacer todos los días, que trabajaba de cocinera y de criada y subía a la torre real la escasa cantidad de comida que ingería su padre.

Una campesina que antaño había sido su hija amada y que ya no le dirigía la palabra. Una campesina mal vestida y despeinada, tostada por el sol y arrugada por el trabajo, que se dedicaba a cultivar doce tulipanes bellísimos que crecían, salvajes, entre la maleza.

Castaña era un niño desgarbado que había llegado al campamento con su familia desde Turquía. Cuando Mila lo conoció, nos contó que no era como los demás; era especial.

–No tiene nada que ver con el sufrimiento, ni con el largo trayecto lleno de dificultades que tuvo que realizar con su familia para llegar hasta aquí. Castaña ya era distinto antes de que empezara todo eso –nos aseguró.

La primera vez que lo vio, mi hermana pequeña pensó que era un anciano. Castaña yacía en un jergón en su tienda, porque tenía dolor de barriga o la gripe o alguna enfermedad pasajera. Solo le sobresalía la cabeza de las sábanas. Mi hermana dio

por sentado que aquel hombre tumbado era el abuelo de la familia.

Lo llamamos Castaña porque tiene cara de castaña. La doctora Faruka, la médica que se ocupa de nosotros, tiene un don para encontrar parecidos ingeniosos entre las personas y las cosas. A nosotros nos hace mucha gracia, porque siempre acierta, por muy peregrinas que sean las comparaciones: «Aquel tipo tiene cara de tapón». «Aquella niña tiene cara de botella vacía». «La señora Li Yu tiene cara de huevo frito». Nunca falla, pero ahora dice que con las mascarillas le cuesta más adivinar qué forma tienen las caras.

Un día nos dijo que Castaña tenía cara de castaña y todos estuvimos de acuerdo. Una castaña no tiene ojos, ni frente, ni nariz, ni cejas, pero, sin duda alguna, el rostro de nuestro compañero se parece al fruto del castaño.

Aunque tiene la misma edad que nosotros, no se comporta como los demás, sino de otra manera. Landro suele decir que a Castaña, comparado con los otros niños, le faltan cosas. No se refiere a objetos materiales (por desgracia, tiene tan pocos como nosotros), sino a actitudes, comportamientos o sentimientos. En parte, tiene razón: Castaña no tiene miedo, ni prejuicios, ni vergüenza, ni remordimientos. Carece de todo eso y, en ese sentido, contrariamente a lo que pensó mi hermana, se parece más a un niño que a un abuelo.

Todos recordaremos siempre el día de verano que unos cooperantes de no sé qué país europeo nos invitaron a ir a la playa. Vete a saber cómo, conseguimos dos autocares (para llevarnos allí) y el permiso de los padres (para ir). La playa estaba situada a treinta kilómetros del campo, en una zona de difícil acceso. Por la mañana nos reunimos más de ochenta personas y los monitores

nos colgaron a todos alrededor del cuello un cartelito plastificado con nuestro nombre y el campo de refugiados donde vivíamos. Lo hicieron por si alguien se perdía y también para tenernos controlados. Subimos a los autocares de buena mañana.

Muchos jamás habían visto el mar. O lo habían visto de lejos, o abarrotado de buques mercantes en un puerto, o sucio, como el que teníamos delante de nuestras narices en Kara Tepe. Nunca habían estado en una playa apta para el baño. Las olas deshaciéndose en la arena limpia y blanda, repleta de conchas, balanceándose y coronadas de espuma blanca. El cielo azul surcado por el vuelo de las gaviotas y los gavilanes. El sol abrasando la piel de los cuerpos que estaban tumbados o bañándose.

Aquel día, algunos cooperantes hicieron de monitores de natación. Nos habían regalado unos bañadores azules, todos iguales y de la misma marca, y nos separaron por grupos. Dejamos la ropa amontonada y metimos los pies en el agua, que estaba bastante fría.

Los monitores hablaban un inglés elemental y movían mucho las manos y las piernas para hacerse entender con gestos. Nos recomendaban con insistencia que no nos alejáramos de la orilla, que siempre pisáramos arena y que no intentáramos nadar donde no hacíamos pie. Tras muchos intentos, la mayoría nos las arreglamos y logramos experimentar el gozo de desplazarnos por el agua dando brazadas. Nos costó más nadar de espaldas, que era más cómodo porque podías respirar por la nariz, pero más difícil porque el cuerpo no flotaba y te daba la impresión de que te ibas a ahogar.

Fue un día bonito, lleno de gritos, de risas y de descubrimientos. Hicimos una pausa para comer sentados en la arena. Los cooperantes nos habían traído bocadillos y latas de refrescos

para todos. Después, mientras hacíamos la digestión, nos propusieron jugar. Se organizaron partidos de fútbol y de voleibol. Otros prefirieron construir castillos de arena, aleccionados por uno de los cooperantes, que, según nos contó, se había pasado tres años yendo de playa en playa, haciendo aquellas construcciones en miniatura.

Antes de volver nos dejaron bañarnos por última vez y practicamos las lecciones de natación que habíamos aprendido. Y fue entonces cuando nos dimos cuenta de que Castaña había desaparecido.

Hamir, mi hermana mayor y yo habíamos sido los últimos en verlo, porque habíamos comido juntos. Después, mientras jugábamos, Castaña no había estado con ninguno de nosotros. ¿Dónde se había metido? Los cooperantes se alarmaron: ¿no se habría ahogado? Controlaban la zona de baño y natación, y no habían permitido que ninguno se alejara del perímetro. Sin embargo, todos sabíamos que Castaña era distinto y nos preguntábamos si era posible que un niño como él se ahogara con el agua hasta la cintura.

—¿No habrá sufrido un corte de digestión?

Todos salimos del agua, nos secamos con las toallas y nos vestimos enseguida. Prioridad número uno: encontrar a Castaña. En la playa había poca gente y ninguno de los desconocidos había visto un niño de sus características. Lo llamamos. Se organizaron tres equipos de monitores y niños para recorrer la extensión de arena de una punta a otra. También se organizaron tres equipos más para buscarlo dentro del agua. Se acercaba la hora de regresar a los autocares y Castaña no aparecía.

Y cuando la preocupación de los monitores empezaba a ser máxima, uno de ellos descubrió una especie de palo que crecía

en vertical en medio de la arena cerca de la zona donde nos habíamos sentado a comer. Al aproximarse, vio que se trataba de un tubo respirador de los que se usan para aprender a bucear. El tubo de color azul estaba plantado como si fuera el tallo de una planta. El monitor lo agarró y tiró de él. Enseguida, detrás del tubo, apareció la cabeza de Castaña, completamente rebozado de arena y con las gafas de buceo puestas.

–¿Se puede saber qué haces aquí?

Castaña había excavado una tumba y se había enterrado. Se le ocurrió fingir que estaba muerto. Se había puesto las gafas y el tubo para poder respirar y se había cubierto de arena él solo, con dificultad, hasta desaparecer. «¡A ver cuánto rato puedo aguantar como si fuera un muerto!», nos explicó después que había pensado.

El monitor lo desenterró, lo regañó en inglés (Castaña no entendió ni papa) y lo obligó a meterse en el agua para quitarse la arena. Estaba rebozado como una croqueta.

–Suerte que ese tipo me ha encontrado –nos comentó cuando volvíamos en el autocar–. ¡Ya me había quedado sobado de lo a gusto que estaba!

–¡Serás imbécil! –le espetó mi hermana–. ¡Qué manera tan absurda de morir si te hubieras quedado dormido y no te hubieran encontrado!

–Al menos ya habría tenido la tumba hecha –se rio él–. ¡Menos trabajo para todos!

La princesa Leira vivía en un fastuoso palacio rodeado de jardines y arboledas. Sus padres eran los reyes de Jaluantapur, la ciudad más próspera del país, y eran venerados por todos los habitantes de la región. La princesa Leira quería mucho a sus pa-

dres, que de vez en cuando le permitían acompañarlos a los actos oficiales, donde eran bien recibidos y tratados con respeto y admiración. La princesa se interesaba por lo que ocurría en el país que tan atinadamente gobernaban sus padres.

Cuando la trataban con deferencia, se sentía halagada y agradecía las muestras de afecto que recibía, especialmente las de carácter material, como las comidas a las que la invitaban y la cantidad de golosinas que le ofrecían a ella en particular.

–¡Es la princesa más hermosa del mundo! –oía decir a menudo cuando acompañaba a la comitiva real.

Sin embargo, a Leira también le preocupaban algunas circunstancias que descubría cuando estaba fuera de casa. Gente pobre y desahuciada que malvivía en los márgenes de los caminos y de las carreteras; mendigos contrahechos y enfermos que recorrían a pie las calles de la ciudad; huérfanos que se dedicaban al pillaje porque no tenían ningún familiar que se hiciera cargo de ellos. Al regresar al palacio tras las salidas, acostumbraba a comentar esas visiones desagradables con sus padres.

–Me parece injusto que haya gente que sufra y deba malvivir de la beneficencia a pesar de que nosotros disponemos de todos los lujos, madre –le decía a la reina cuando esta la acostaba–. Es muy triste pensar que yo he tenido la suerte de ser vuestra hija mientras que otros niños se pasan el día pidiendo limosna.

–No te preocupes por todo lo que ves, Leira –la aleccionaba la reina–. Piensa que tu padre y yo hacemos todo lo posible para que en nuestro país se viva bien. Aprobamos las leyes más justas y llevamos a cabo esfuerzos económicos para reducir la pobreza. Pero hay cosas inevitables.

–Quizá si todos los niños recibieran una buena educación, como la mía...

–Sí, eso ayudaría. Tu padre y yo insistimos mucho en crear escuelas, obligar a la gente a llevar a sus hijos al colegio, formar a profesores y maestros...

Una tarde que Leira se aburría escuchando un discurso eterno que leía un heraldo extranjero al que habían ido a recibir, pidió permiso a su madre para salir a jugar a los jardines de la mansión donde se celebraba el acto de bienvenida. Esta asintió con la cabeza. Discretamente, la princesa abandonó su asiento y salió por una puerta lateral. Atravesó pasillos y salas donde los camareros y los criados preparaban la comida que se ofrecería a continuación, y salió al jardín. Se trataba de un acto solemne y, por tanto, no había más niños entre los invitados.

Se acercó a un estanque cristalino que se extendía alrededor de una fuente que brotaba risueña. Dentro del agua crecían nenúfares en flor y nadaban pececillos de colores. Mientras la princesa, sentada en el césped, se reflejaba en el estanque, en el agua apareció una duplicación de su cabeza: como si, de repente, Leira se hubiera desdoblado y hubiese dos princesas.

Se dio la vuelta y, detrás de ella, descubrió a una niña de su edad, tan parecida a ella que la semejanza la estremeció. Iba vestida pobremente y no llevaba zapatos. Tenía una mancha marrón alrededor de los labios, probablemente de chocolate, y lo primero que sintió Leira fue una especie de codicia: ella habría sido más feliz engullendo una onza de chocolate que escuchando, hastiada, el discurso de aquel hombre a quien sus padres rendían homenaje.

–¿Quién eres?

La princesa se había incorporado y observaba a la niña de hito en hito. Tenían la misma altura. Leira se dio cuenta de que la desconocida tenía el pelo un poco más claro que ella, pese a la mugre. Lo llevaba enredado y grasiento.



–Mi tía es cocinera. He venido a ayudarla –contestó–. ¿Y tú? –le preguntó la recién llegada.

–¿Te has dado cuenta de que nos parecemos muchísimo? Podríamos ser hermanas –dijo Leira, sin revelar su identidad.

–Yo ya tengo hermanas –respondió la niña.

Y Leira volvió a envidiar a la sobrina de la cocinera.

Aquel mediodía, jugaron juntas durante muchísimo rato. Corrían como locas por los jardines de la residencia, se contaron chistes a la sombra de un olivo gigantesco, desmigaron un mendrugo de pan que la niña llevaba en el bolsillo y se lo dieron a los patos que nadaban en un rincón del estanque. Cada vez que alguien salía de la casa, las niñas se escondían a toda prisa y no contestaban a los gritos de quienes las buscaban.

–¡Leira! ¡Leira! –gritó la señora Li, la institutriz china de la princesa.

–¡Kira, Kira! ¿Dónde demonios te has metido? –repetía la cocinera, mientras buscaba a su sobrina.

Así las niñas supieron cómo se llamaba la otra sin necesidad de preguntárselo. En un momento dado, la cocinera y la señora Li se encontraron, muy enfadadas, frente a las niñas.

–¡Ya basta de travesuras! –refunfuñó la tía de Kira–. Entra enseguida en la cocina, que hay mucho trabajo pendiente –le ordenó a su sobrina.

–¡Y tú haz el favor de venir conmigo! ¡Todos están inquietos porque no saben dónde te habías metido! –dijo la señora Li, mientras agarraba a Leira de la mano y le sacudía las briznas de hierba que se le habían pegado al vestido de gala.

Al cabo de cuatro días, el visitante extranjero iba a despedirse del rey en la residencia donde lo habían hospedado y Leira quiso acompañar a su padre. Albergaba la esperanza de que Kira

estuviera allí ayudando a su tía a preparar la comida de despedida del alto dignatario. En cuanto encontró la ocasión oportuna, Leira se escabulló de su padre y de la institutriz y fue a buscar a su amiga a la cocina. Kira, con un delantal que le llegaba a los pies, removía unas cazuelas enormes donde se guisaban faisanes y patatas.

–Hoy no podemos jugar porque tengo mucho trabajo. Pero, si quieres, te busco un delantal y me ayudas.

Leira aceptó enseguida. Para no mancharse el vestido, se lo quitó y se cubrió con unos harapos que había cerca de la chimenea.

Las niñas estuvieron manoseando la comida con entusiasmo y las dos acabaron sucísimas de pies a cabeza. Los camareros y las cocineras se reían de ver la alegría con la que aquellas dos muchachitas, atolondradas y tan parecidas, se divertían haciendo el trabajo que les encargaban.

Cuando la señora Li entró en la cocina con cara de mala uva, Leira había salido al patio a recoger unas florecillas de color violeta para decorar el asado.

–¿Qué haces vestida así y sucia como un animalillo? –le espetó, iracunda, a Kira, a quien había confundido con la princesa–. ¿Dónde has dejado tu ropa?

Kira señaló la prenda que había junto a la chimenea. La institutriz, decidida, recogió el vestido, agarró a Kira de la mano y se la llevó al cuarto de baño. Allí le hizo quitarse los harapos, la lavó con agua y jabón, la peinó y le puso la ropa limpia.

–Tu padre lleva rato buscándote, y se enfadará mucho si no llegas a la mesa a tiempo –le dijo la señora Li.

Kira no pronunció palabra. Frente al espejo de aquel cuarto de baño lujoso al que ella nunca había tenido acceso, asistió, perpleja, a su transformación. Mientras tanto, Leira, que había

vuelto del jardín con un ramillete de violetas en las manos, fue increpada por una cocinera vieja.

—¿Dónde diantres te habías metido? ¿No ves que debes remover el asado, que si no se va a quemar? —Y, acto seguido, le dio un cogotazo.

Leira buscaba a su amiga con los ojos y no la encontraba. Entonces la vieja le dio una bofetada.

—¡Ocúpate del trabajo!

La princesa, confusa y con ganas de llorar, descubrió que su vestido de gala había desaparecido. Cuando preguntó dónde estaba su ropa y anunció que tenía que irse, recibió el tercer tortazo.

—¿Adónde tienes que ir, maldita cucaracha? ¿Te crees que puedes escaquearte del trabajo porque no está tu tía? ¡Como no lo termines ahora mismo, te echo a la cazuela!

Kira, impresionada, entró en el gran comedor de la mano de la señora Li. Aún más impresionada y enmudecida, se sentó a la mesa presidencial, junto al mismísimo rey, que le dio un beso en la frente. Y, colorín, colorado, este cuento se ha acabado.

* * *

La familia de Hamir había sufrido miles de desgracias antes de llegar al campo. Procedían de Afganistán y, cuando se vieron obligados a abandonar su casa porque los talibanes habían amenazado al padre, solo tenían una hija. Los talibanes se habían adueñado del país y gobernaban de manera autoritaria, restrictiva y violenta. Por aquel entonces, el padre de Hamir era periodista y siempre había criticado el comportamiento de aquellos hombres barbudos que decían actuar en nombre del dios de los

musulmanes recortando libertades a todo el mundo. Consciente de que corría peligro de ser asesinado, el padre de Hamir huyó con su mujer y su hija al país vecino: Pakistán. Allí nació su segundo hijo. Pero el periplo de la familia no terminó ahí: perseguidos también en su nuevo lugar de residencia y sin recursos económicos, tuvieron que marcharse a Irán. Allí permanecieron tres años y nació Hamir. Cuando decidieron ir a Europa, lo intentaron a través de Turquía, donde se encontraron con más obstáculos burocráticos y más problemas de dinero, y allí nació su benjamina. Desde el punto de vista de la procedencia, aquella familia tenía una hija afgana, un hijo pakistaní, un hijo iraní y una hija turca. Casi nada.

El padre dejó su profesión y tuvo que ganarse las habichuelas de mil maneras distintas: vendió fruta, hizo de fontanero, trabajó en una mina de carbón y, finalmente, se convirtió en zapatero. Eso sí, escribía a escondidas. Hamir siempre nos contaba lo que decía su padre:

–Cuando todo esto haya terminado y hayamos llegado a un puerto seguro de Europa, publicaré mis memorias. Están llenas de datos que a los lectores les pondrán la piel de gallina.

Mientras tanto, el hombre seguía haciendo zapatos. Al parecer, el Gobierno de Bruselas, es decir, el Gobierno de Europa, pagó a Turquía para impedir que atravesaran la frontera más inmigrantes, y por eso la familia de Hamir se quedó allí unos cuantos años más, medio retenida. Al final, consideraron que la única manera de salir de aquella situación era en patera, a través del mar Egeo, que separa ese país de Grecia. Centenares de personas han muerto intentando llegar por esa vía, pero había que intentarlo, cuenta siempre Hamir, repitiendo las palabras de su padre.

La travesía por mar fue terrible. Larguísima, muy dificultosa y extrañísima. El frío, el hambre, la sed, el miedo... Los cuatro hermanos se agarraban a las piernas de su madre, intentando encontrar un poco de calor y de seguridad en aquella barca inestable, que se movía a la deriva y en la que se filtraban litros y más litros de agua, que algunos hombres, entre ellos el padre de Hamir, intentaban vaciar. Cuando reinaban los gritos, los llantos y escenas atroces de gente desesperada que se lanzaba al agua helada sin saber nadar e ignorando a qué distancia de la costa se hallaban, un barco de salvamento los vislumbró y los salvó de una muerte segura.

El primer recuerdo que tenía nuestro amigo de Europa era el de la playa adonde llegaron, al norte de la isla de Lesbos: había una montaña de chalecos naranjas. Desembarcaron allí, remolcados por la barca patrullera, a las seis de la mañana, cuando amanecía. En el lugar donde un equipo de médicos y voluntarios recibían y atendían a los recién llegados se alzaba la montaña de chalecos reflectantes. Los voluntarios desabrocharon los que llevaban puestos Hamir y sus hermanos y los lanzaron a la pila. Poca cosa había podido salvar su familia, aparte de los chalecos: una bolsa de plástico bien atada a la cintura de la madre con cinta aislante que contenía unos cuantos billetes (turcos e iraníes), unas agujas de zurcir zapatos y el manuscrito del padre, que, a la larga, debía salvarlos de la pobreza.

Los condujeron a Moria, un campo de la misma isla que se había convertido en una especie de ciudad. El padre le había contado a Hamir que Moria se había diseñado para albergar a tres mil personas y, al llegar ellos, ya había veinte mil.

–¿Esta mierda es Europa? –le había preguntado Hamir a su padre cuando alguien les indicó el agujero donde podían malvivir.

–No. Esto es el infierno que nos toca sufrir mientras nos dan permiso para entrar.

Y su padre tenía razón. Dejando de lado la peligrosidad del asentamiento, la falta de alimentos y de ayuda humanitaria y el desgobierno absoluto de aquel paraíso de delincuentes, Moria se convirtió en un infierno de llamas el día que se quemó y miles de personas pobres y muertas de hambre se quedaron sin techo. El padre de Hamir había conseguido montar un pequeño taller de zapatero cerca de la barraca donde vivían. No había dinero para comprar o hacer zapatos nuevos, pero la gente necesitaba arreglar los que ya tenía para no ir descalza durante el largo invierno de Lesbos. Hasta entonces, el padre se las había ido apañando, y sus hijos y su mujer lo ayudaban. Poner suelas nuevas hechas con materiales reciclados que encontraban de vez en cuando en la basura, hacer respuntes al cuero, reforzar los interiores gastados... Mucha gente acudía al taller y les daba trabajo, que pagaba como buenamente podía, a menudo con comida o agua. Hamir y su hermano podían salir después de su jornada y jugar un rato al fútbol con los demás niños refugiados. Sin embargo, la madre y las hermanas solo podían desplazarse de casa al taller y del taller a casa, porque las violaciones eran muy habituales.

Cuando Moria se quemó, la familia de Hamir perdió lo poco que tenía. La madre, haciendo de tripas corazón, no dejaba de repetir que les quedaba la esperanza. Que la esperanza no se pierde nunca y que cuando algo se tuerce hay que enderezarlo, cueste lo que cueste, como hacían con los zapatos. El padre de Hamir ya no pensaba lo mismo. Ni eso ni nada: tras las llamas y el desengaño, llegó el silencio y la enfermedad.

Nosotros siempre hemos conocido al padre de Hamir así. En ese despojo humano, cuesta adivinar al periodista aventurero

que fue antaño. El hombre fuerte que atravesó y malvivió en tantos países y que engendró hijos en cada territorio. El padre de Hamir no se mueve. No reacciona cuando lo saludamos o cuando su mujer, paciente, le pone una cucharada de comida en la boca. Se queda quieto y mudo como un objeto, y solo muy de vez en cuando sigue con la mirada los movimientos de un pájaro que sobrevuela el campamento. La hermana pequeña dice que por la noche su padre no duerme, que se queda igual de quieto y no cierra los párpados. Tal vez duerma con los ojos abiertos. A la abuela ese hombre le da mucha pena y compadece a su mujer, que debe ocuparse de todo.

–Por suerte, conservamos su libro, que se publicará cuando llegemos a Alemania. Mi madre está convencida de que lo que describió mi padre nos sacará de la miseria.

Ninguno de nosotros ha visto jamás el libro. Hamir dice que es un tesoro preciosísimo y que lo tienen enterrado y bien escondido en un lugar seguro.

–No me extrañaría que lo del libro sea una fantasía –comentó un día mi abuela– y que, suponiendo que haya existido, no se quemara en el incendio de Moria.

* * *

Érase una vez, en un país situado en los confines del planeta, un monstruo a quien todo el mundo llamaba Sinad. Era alto y corpulento, con una cabeza enorme coronada por dos cuernos, y tenía todo el cuerpo recubierto de pelo. Poca gente lo había visto, pero se sabía de su existencia por varios testimonios de generaciones anteriores, lo que significaba que aquel monstruo era longevo y tal vez inmortal. Vivía aislado en un bosque frondoso al



que nadie se acercaba, precisamente para no encontrárselo. No había constancia de que Sinad hubiera hecho daño a nadie, ni de que se hubiera comido a ningún niño, como apuntaban los cuentos. Pero era un monstruo, peludo y gigantesco, y vete tú a saber cómo reaccionaría si algún aldeano se acercaba a su territorio, aunque fuera con la mejor intención del mundo.

En aquel país hubo una guerra muy cruenta, y no por culpa del monstruo, sino por la incapacidad de los hombres de vivir juntos y respetarse los unos a los otros. Acostumbra a ser así: el orgullo, la envidia, la codicia o la venganza son actitudes que cultivan los seres humanos.

En aquella guerra se quemaron ciudades, murió mucha gente y todo el mundo se arruinó. Poco después, cuando llegó la paz, el consejo del país se reunió para encontrar soluciones a los problemas de la población.

–El territorio donde vive Sinad está lleno de recursos. Se habla de la existencia de unas minas y de una cantera, y los bosques que lo rodean darían madera para construir casas y leña para calentarnos ahora que llega el invierno –sugirió uno de los consejeros.

–Pero ese territorio es impenetrable mientras viva allí el monstruo...

–¿Y si lo echáramos? ¡La tierra pertenece a los hombres, no a los monstruos! Es de justicia que seamos nosotros, los humanos, quienes dispongamos de sus recursos.

Uno de los consejeros aún fue más lejos:

–¿Y si Sinad no existe? ¿Y si se trata de una leyenda? ¡Ninguno de nosotros lo ha visto nunca!

–Entonces no hay más que discutir –decidió el presidente del consejo–. Sea real o una fantasía, el monstruo debe marcharse y devolvernos lo que nos pertenece.

—¿Y si existe y no quiere marcharse?

—En ese caso, tendremos que matarlo.

El maltrecho ejército que seguía en pie tras la larga guerra destinó todos sus efectivos a la misión de buscar a Sinad y exterminarlo. Los soldados tenían miedo, claro. A todos ellos, de pequeños, los habían alertado de la peligrosidad del bosque del monstruo y de las terribles consecuencias que se podrían derivar de encontrarlo y enfrentarse a él.

—Mi abuela me contó que su bisabuela se lo había encontrado un día. Me dijo que tenía la boca enorme, que todos los dientes parecían colmillos y que le brotaba sangre como si fuera una fuente.

—Mi padre cuenta que su abuelo también se lo encontró un día. Fue testigo de cómo Sinad luchaba contra un león y lo agujereaba con su reluciente cornamenta.

—Dicen que se come a los niños. Que tiene las mandíbulas tan grandes que ni siquiera debe masticarlos: ¡se los traga enteros!

Los altos comandantes también habían oído historias funestas del monstruo. Sin embargo, no se dejaron vencer por las habladurías y animaron a los soldados a ser valientes y a luchar no solo contra Sinad, sino también contra sus propios miedos. En primer lugar, rodearon el bosque por el norte, el sur, el este y el oeste, y se establecieron hileras de hombres armados a lo largo del perímetro con el objetivo de disparar si el monstruo pretendía huir. Después, una vez elegidos los luchadores más sagaces y preparados, formaron cuatro batallones que se adentrarían en el territorio del monstruo y se dedicarían a asediarlo, a reducirlo y, si no entraba en razón, a liquidarlo.

Así lo hicieron. Atentos a cualquier ruido o movimiento, caminaban concentrados unos junto a otros. El que iba delante,

armado con un machete, cortaba las ramas o las raíces de los árboles para facilitar la circulación de sus compañeros. Si un pájaro sobrevolaba las copas más altas o un animalillo huía entre las zarzas, todos se asustaban.

Pero poco a poco, los soldados se fueron relajando; el terreno que pisaban no resultaba inhóspito ni temible, sino todo lo contrario: descubrieron claros gigantescos inundados de naturaleza y dorados por el sol; plácidos estanques de aguas limpiísimas, donde nadaban parejas de patos y lustrosos peces plateados. También les sorprendió la cantidad de frutas dulcísimas que colgaban de las copas de los árboles y que ellos devoraban con fruición. Allí se concentraban docenas de especies de aves y fértiles zonas húmedas. Nada que ver con lo que se esperaban encontrar: cuevas lúgubres, campos arrasados, sombras indómitas y árboles muertos. No, allí, en el bosque de Sinad, la naturaleza crecía libre y frondosa, y se podría vivir y cultivar perfectamente. Justo en medio del bosque, donde se imaginaban que vivía el monstruo maligno, se alzaba una pequeña colina frondosa y verde desde la que caía con estrépito un salto de agua espectacular, cuyo fragor congregaba a su alrededor a infinidad de pájaros y mariposas.

La idea la tuvo el más bregado de los soldados:

–Yo me quiero quedar a vivir aquí. No estoy dispuesto a luchar en más guerras ni a ponerme a las órdenes de más militares. Si estáis de acuerdo con lo que os digo, tengo un plan para mejorar nuestra vida.

Por la noche, aquel soldado salió del bosque. Exhausto, casi desnudo y fingiendo rasguños y heridas en todo el cuerpo, relató la situación que había vivido a los altos comandantes que esperaban en la retaguardia.

–No hay un monstruo, sino muchos. Deben de ser hijos de Sinad. Han devorado a todos mis compañeros y no ha quedado ni uno solo. ¡Este bosque está maldito! Es un charco inmundo lleno de sangre y de vísceras. Yo soy el único que ha logrado escapar y ahora os pido que me dejéis morir en casa, al lado de mi mujer y de mis hijos. Olvidaos de la misión de recuperar el bosque, señores. No tentéis la suerte y ahorrad la desgracia al resto de soldados y aldeanos.

Tambaleándose en medio del ejército en retirada, el soldado llegó a su casa y se encerró allí. Alertó a su mujer y a sus hijos para que, disimuladamente, fueran a las casas de los demás soldados que estaban en el bosque y avisaran del plan que habían tramado. Durante dos días, los familiares de los héroes supuestamente muertos a manos de los monstruos se mostraron llorosos y abatidos, y anunciaron a sus vecinos que iban a abandonar la ciudad para olvidar la tragedia. Una noche, cargando a hombros algunas herramientas y acompañados de unos cuantos animales, dejaron atrás el pueblo, siguiendo las indicaciones del soldado mensajero. De madrugada, llegaron al bosque de Sinad y se adentraron en él. Allí, en uno de los claros, los esperaban sus maridos y padres, vivos y felices, y allí mismo empezaron a construir un pueblo, a cultivar un huerto, a pescar y a cuidar un rebaño. Jamás volvieron a recibir órdenes de nadie y las mismas familias se pusieron de acuerdo para establecer unas leyes, unas obligaciones y unos deberes, que regirían la nueva comunidad.

–¿Y si algún día se nos aparece Sinad, padre? –preguntó un niño la primera noche que pasaron en su nuevo y próspero hogar.

–Si algún día ves al monstruo, hijo mío, dale las gracias. Del hecho de que exista depende nuestro futuro.

Y, colorín, colorado, este cuento se ha acabado.

Para salir del campo, hay que hacer largas colas y pasar controles. Debes tener los papeles en regla, debes llevar un documento que acredite tu identidad y la de tus hijos y no puedes introducir ni sacar algunos objetos y productos especificados en unas listas pegadas a las paredes del puesto fronterizo. Cuando sales, te dan un número, que tienes que entregar al volver. Cada día permiten salir a unas mil personas.

Mi madre pretende ir a la capital conmigo y con mi hermana mayor, mientras mi padre, mi abuela y mi hermana pequeña se quedan en la tienda. Todo el mundo sabe que es impensable abandonar el pobre asentamiento donde vivimos los refugiados, aunque solo sea durante unas horas. Alguien debe quedarse en el lugar que te corresponde, por muy miserable que sea, porque si lo abandonas, te arriesgas a que alguna unidad familiar recién llegada lo ocupe y te lo quite. Cuando alguien se apodera de un lugar, se convierte en su dueño, y a menudo es gente desesperada (más que nosotros) que lo defiende con uñas y dientes (y también con navajas o armas de fuego que entran a escondidas en el campo). A la familia de Landro le ocurrió en Moria: a causa de una urgencia médica, sus padres, su hermano y él tuvieron que trasladarse a un hospital. Su madre estaba muy enferma y todos decidieron acompañarla. Sus padres no se sintieron con fuerzas para dejar a Landro y a su hermano pequeño solos en el campamento sin saber cuántos días iban a ausentarse. Así pues, se marcharon los cuatro y, tres días después, cuando volvieron a su barraca, vieron que se había instalado allí una familia de siete miembros. Una familia beligerante, sin escrúpulos y armada hasta los dientes. Está prohibido disponer de armas

de fuego, claro, pero la gente se las ingenia para saltarse la ley e incumplir la norma.

Cuando nos levantamos, todavía está oscuro. En un infernillo, caliente tres escasas raciones de leche en polvo. En cada cuenco, deshago un cuscurro de pan seco: nuestro desayuno de todos los días. Salimos de la tienda a oscuras y recorreremos en silencio el camino hasta las puertas del campo, guiándonos por la luz de las farolas encendidas gracias a unos generadores que hacen un ruido espantoso y que solo funcionan unas horas al día. Todos nos hemos acostumbrado al estruendo. Todos nos hemos acostumbrado a muchas cosas.

Cuando llegamos a las puertas del campo, el sol todavía no ha asomado por el horizonte, pero la cola de gente que quiere salir ya es larguísima. La mayoría son mujeres y algunas van cubiertas con hiyab o burka. También hay hombres jóvenes, niños y algún anciano.

Mi hermana y yo esperamos sentados en el suelo, al lado de nuestra madre, a que la cola empiece a moverse. Estamos muertos de sueño, de frío y de hambre. Mi hermana recuerda el último cuento que nos contó ayer la abuela para pasar el rato.

–Al principio eran relatos de su infancia –dice nuestra madre–, pero últimamente estoy convencida de que se los inventa. ¡Menuda imaginación tiene!

La abuela es la madre de mi padre, pero desde que se quedó viuda vive con nosotros y se lleva muy bien con mi madre. Siempre la llama «hija». A nosotros también nos habla de sus hijos, en plural, aunque en realidad solo tiene uno.

Poco después de que amanezca, los policías abren las puertas del campo e instalan las mesas donde los funcionarios escriben los registros de la gente que sale. La cola avanza lentamente.

Cuando nos llega el turno, mi madre enseña los documentos y rellena una hoja de papel, donde apunta el día, la hora y el motivo de la salida. Después nos dan un número. Una vez completado el trámite, avanzamos unos metros y nos cachean. Ha habido tantos problemas con los policías que cacheaban a las mujeres y las niñas que ahora se encargan de hacerlo agentes femeninas: nos dividimos en dos colas, una para hombres y otra para mujeres; la de los hombres, la mía, es relativamente rápida. Un tipo me manosea sin miramientos. Palpa especialmente las zonas donde puedo llevar cosas escondidas (bolsillos, zapatos, cinturón). La cola de las mujeres va más despacio: a las funcionarias les resulta más complicado escudriñar y registrar algunos vestidos largos hasta los pies y con más capas que una cebolla. Mi madre y mi hermana visten a la manera occidental. Siempre se han vestido igual, aquí y allí. Mi abuela es la única de la familia que todavía lleva ropa antigua, como de otra época.

Una vez que cruzamos la reja, empieza el trayecto hasta el puerto de la ciudad de Mitilene. Siempre hay taxistas o conductores con coche propio que esperan a la gente y ofrecen sus servicios por un módico precio. Por muy baja que sea la tarifa después de regatear, la mayoría de las familias no dispone del dinero que piden los chóferes. La única alternativa es recorrer los cuatro kilómetros a pie o bien esperar, pacientemente, los poquísimos autocares que salen del campo a horas concretas.

Siempre nos encontramos con algún conocido que hace el mismo camino, y mi madre se distrae charlando. De vez en cuando, coincidimos con chavales de nuestra edad, incluso de nuestra pandilla, y entonces el tiempo pasa volando. A menudo nos encontramos a Abbas y Nasir, mis vecinos, y chutamos una pelota mientras andamos.

Cuando llegamos al puerto de Mitilene, pasamos por delante de las primeras cafeterías y comercios. Los que procedemos del campamento acostumbramos a cruzar la ciudad por en medio de las calles, no por las aceras. Un día, mi hermana le preguntó a mi madre por qué no caminábamos por la acera para mirar los escaparates de las tiendas.

—¡Porque somos muchos y atascaríamos las calles y las entradas a los comercios!

Sé que mi madre no contestó de manera sincera. Y lo sé desde el primer día que la acompañé a comprar a Mitilene y coincidimos con los griegos que viven allí. Muchos deben de haber nacido y vivido toda la vida en la ciudad; trabajan, se casan y tienen hijos allí. Para ellos es su residencia, el lugar donde pasarán toda la vida, no como nosotros, los refugiados, que solo estamos de paso. Para nosotros, esa ciudad no significa nada: es un espacio de tránsito que intentaremos borrar de nuestra memoria en cuanto nos marchemos. Para ellos, en cambio, Mitilene lo es todo. Ellos ya estaban allí cuando llegamos y se quedarán allí cuando nos vayamos.

Por eso, a muchos griegos les molestamos. No les gusta vernos caminar por sus calles ni que entremos en sus tiendas. Grupos de hombres mayores sentados alrededor de una mesa en una cafetería del puerto jugando al dominó; amas de casa ajetreadas con la cesta del mercado; niños que salen del colegio con la mochila a la espalda... Muchos nos miran mal. Muchos se lamentan de nuestra presencia. Muchos tenderos nos niegan el saludo cuando les decimos *Kalimera* («buenos días», en griego) al entrar en sus comercios. Algunos nos rehúyen la mirada. Otros cuchichean cuando acabamos de pasar. Los más atrevidos no pueden contenerse y nos increpan sin cortarse ni un pelo.

–¡Malditos vagabundos! ¡Moros piojosos! ¡Volved a casa y dejad de ensuciar nuestra ciudad, demonios!

Algunos insultos los entiendo porque los dicen en inglés. Pero como muchos otros comentarios los hacen en griego, no puedo saber qué dicen. Mi madre nos obliga a caminar deprisa, sin detenernos. Vamos directamente a las tiendas, compramos lo que necesitamos, si podemos pagarlo, acudimos a la sede de alguna ONG de ayuda humanitaria si hay que hacer algún trámite y enseguida reculamos y, cargados, nos dirigimos a pie al campo.

–¡Parémonos a tomar un helado, mamá! ¡O sentémonos en una terraza a beber un refresco, por favor! –pedía antes mi hermana.

Un día de verano, mi madre se mareó a causa del calor. Le dio tiempo a decirme que necesitaba descansar. La agarré por el brazo y la hice sentarse en la acera, no en medio de la calle, para que no la atropellara un coche. Mientras ella permanecía sentada con la espalda apoyada en la pared, yo la abanicaba con un prospecto de propaganda y mi hermana, arrodillada a su lado, le pasaba un pañuelo por la frente.

Nadie se detuvo a preguntar si necesitábamos ayuda. La gente pasaba por delante de nosotros sin inmutarse. De repente, apareció una conocida que, como nosotros, regresaba a Kara Tepe. Le contamos que nuestra madre no se encontraba bien y que se había puesto blanca como la pared. Como ni nosotros ni ella llevábamos agua, esa conocida entró en un bar que había cerca y pidió agua para mi madre. Torciendo el gesto, la camarera llenó un vaso de agua del grifo y salió del local para comprobar que era verdad lo que le decía esa mujer.

Mi madre seguía sentada, medio inconsciente. Sin un atisbo de compasión, la camarera se agachó y dejó el vaso en el suelo al

lado de mi madre, como si fuera un perro sediento al que ofreciera un cuenco.

Érase una vez un rey muy generoso y lleno de bondad que se había ganado con justicia el aprecio de su pueblo. Su deseo era mantener su reino en paz, la ciudadanía bien avenida y que nadie sufriera por falta de casa o de comida. Su palacio era una fortaleza lujosa y bien abastecida, pero del mismo modo que él quería vivir bien, procuraba que sus súbditos también lo hiciesen. Las calles estaban limpias, en las fachadas de las casas y de los edificios nunca faltaba una mano de pintura. De las fuentes brotaba agua clara y potable, los parques y los jardines estaban bien regados y no había animales abandonados, porque en cuanto nacían les buscaban un dueño.

Un día, en las puertas del reino aparecieron tres vagabundos. Contaron a los guardias que venían de lejos, que eran muy pobres y que habían padecido sed y hambre durante el largo camino para llegar allí. No tenían dinero, ni más ropa ni calzado que el que llevaban puesto. Pedían caridad para dormir unas cuantas horas en un lecho, una jarra de agua y un mendrugo de pan. El guarda les preguntó qué pretendían hacer allí y si conocían a alguien o tenían algún pariente que pudiera acogerlos. No, los tres vagabundos no conocían a nadie por aquellos lares. El guardia envió un emisario al palacio para informar de la presencia de aquellas tres personas y de su ruego.

El emisario real llegó con la orden de permitirles la entrada. Un cortejo de tres guardas escoltó a los recién llegados hasta una modesta casa, donde los recibió la anciana que la regentaba. Una vez dentro, la mujer les ofreció una comida caliente, una jarra de agua y otra de vino, y, al terminar, les dio permiso para asearse

en el patio dentro de un cubo de madera con una pastilla de jabón perfumado.

Acto seguido, les ofreció un jergón de paja en el interior de la casa, donde los tres descansaron del largo viaje a pie.

Cuando se despertaron, era plena noche. El sueño fue reparador y los tres extranjeros celebraron la suerte que habían tenido al ir a parar a aquella ciudad tan limpia y pacífica, y al ser recibidos por aquella mujer tan servicial y acogedora. Uno de ellos, el más joven, se levantó para ir a orinar a la letrina. Antes de llegar, descubrió a la vieja durmiendo en una mecedora frente a una puerta cerrada. Por debajo de la puerta se distinguía un extraño resplandor que dejó desconcertado al extranjero: lo que se escondía allí no podía ser un jardín, porque era noche cerrada y la luz del sol aún no había hecho acto de presencia. Tampoco era posible que la llama de una lámpara brillara tanto como aquella luz dorada. ¿Qué hacía allí la vieja? ¿Qué demonios custodiaba o protegía?

Después de hacer sus necesidades, el extranjero volvió a pasar por delante de la vieja durmiente y se aventuró a poner una mano sobre el pomo de la puerta y a girarlo para comprobar si se abría. Lo hizo con mucha cautela y con miedo a despertar a la mujer.

La puerta no estaba cerrada con llave. A través de una rendija, el joven vislumbró el interior de aquella singular estancia: ante sus ojos se exponía el tesoro más grande que se pueda imaginar.

Docenas de ánforas de barro cocido y docenas de cofres abiertos contenían los objetos más maravillosos que había visto en su vida: centenares de monedas esparcidas alrededor de lingotes de oro; jarrones, medallones, cálices, cubertería y joyas.

Había figuras de dioses y de atletas o ninfas esculpidas en oro y plata; bustos de personas y de animales recubiertos de piedras preciosas; espadas, puñales y sables con empuñaduras de diamantes. Todos los objetos relucían como si saliera luz de su interior, pese a que la estancia apenas estaba iluminada con unas cuantas velas y un par de antorchas en la pared.

Ante aquella visión fastuosa, el joven casi se quedó sin aliento. Con los ojos como platos, compasó la respiración mientras calculaba el valor de todo lo que había expuesto allí. Temiendo despertar a la vieja y temblando como una hoja, entornó la puerta antes de regresar al cuarto del jergón, donde dormían sus amigos.

—¿Qué te pasa? —le preguntó uno de ellos—. ¡Parece que hayas visto al demonio!

El muchacho les contó exhaustivamente la experiencia que acababa de vivir. Los otros dos lo escuchaban, medio incrédulos y medio boquiabiertos. El más viejo sugirió que tal vez solo hubiera sido un sueño y todas aquellas maravillas solo existieran en la mente cansada del compañero que daba fe de ellas. Pensaron que seis ojos ven más que dos, y entonces el segundo vagabundo hizo el mismo trayecto que el primero hacia la letrina. Vio a la vieja durmiendo plácidamente y, al igual que su compañero, abrió con cautela la puerta para descubrir que el tesoro estaba allí y existía de verdad. Lo corroboró el tercero unos minutos más tarde. Impresionados por el hallazgo, los tres hombres acordaron matar a la vieja, robar el tesoro y dar un vuelco al rumbo de sus miserables vidas.

No sabían a quién pertenecía aquella modesta morada ni quién era, por tanto, el dueño del tesoro. La vieja debía de ser la guardiana protectora, pero seguro que no era la propietaria.

–Matándola a ella –sugirió el más viejo de los vagabundos– no vamos a conseguir nada. Primero deberíamos averiguar de quién son los bienes y las joyas.

Al amanecer, la vieja entró en el cuarto donde yacían los tres hombres para darles los buenos días y servirles un discreto desayuno antes de que se marcharan.

–Señora –dijo el más viejo de los tres–. Estamos muy agradecidos por el trato que hemos recibido, pero llevábamos tantos días famélicos y cansados que puede que la comida nos haya sentado mal y tenemos el estómago revuelto. Le rogamos que solicite a quienquiera que nos haya ofrecido tan amable acogida que nos permita descansar un día más en estos jergones. No le pedimos más comida ni bebida, pero sí unas horas más de descanso antes de continuar nuestro camino.

La vieja dijo que se lo preguntaría a su señor y salió de casa. Los tres enfermos imaginarios se organizaron enseguida. Uno de ellos, el más joven, siguió a la mujer por las calles para descubrir quién era el propietario de aquella casa aparentemente humilde. Los otros dos corrieron hacia la estancia donde se guardaba el tesoro y la encontraron cerrada a cal y canto.

–Tendremos que esperar a que nuestro amigo vuelva con noticias. Si la vieja recibe el consentimiento de esa persona tan rica, esta noche decidiremos cómo actuar.

Al vagabundo más joven no le costó seguir los pasos de la mujer, que, vestida de negro de pies a cabeza y con la ayuda de un bastón, cruzaba las calles de la ciudad a primera hora del día rodeada de otros transeúntes: comerciantes, mercaderes y amas de casa cargadas con cestas. Todo el mundo parecía contento. Las calles estaban limpias como una patena y se respiraba un ambiente de concordia y armonía.

La vieja llegó a las puertas del palacio del rey y el guarda de la puerta la recibió con una reverencia antes de dejarla entrar.

«¿Al palacio? ¿El dueño del tesoro será el mismo rey o alguien de su familia?», pensó el espía. Al cabo de un rato, la vieja salió y desanduvo el camino hasta su casa.

–Pueden quedarse otra noche –informó a los extranjeros–. Si mañana se encuentran mejor después de una jornada de reposo, mi señor les agradecerá que abandonen la casa para poder acoger a otras personas necesitadas.

–Debemos andar con ojo –argumentó el más viejo de los tres en cuanto la mujer se marchó–. Tenemos que robar el tesoro esta misma noche. No podemos arriesgarnos a que quien venga después de nosotros caiga en la tentación de quedárselo.

–¿Y si es del rey? –sugirió el más joven–. ¿Y si es él en persona quien ha dado el consentimiento a la petición que le hemos hecho a la vieja? No está bien hacer daño a quien pretende ayudarte.

–¿Ayudarnos? ¿Darnos un jergón para dormir dos noches es ayudarnos? Nos ayudaría si nos ofreciera oro y riqueza para no tener que volver a la mala vida que llevamos...

No les daba tiempo a organizar un robo como habían planeado al principio: en tan pocas horas era imposible conseguir un carruaje tirado por caballos para cargar la totalidad del botín.

–Tenemos unas cuantas horas para ir a buscar capazos y sacos. Los llenaremos con lo más valioso de la estancia, y el resto, las monedas y las joyas, nos las meteremos en los bolsillos.

A media tarde, informaron a la anciana de que se encontraban mejor y de que saldrían a estirar las piernas. En el mercado, robaron unas cestas y se las escondieron debajo de las capas antes de entrar en la casa. La vieja les había preparado una cena ligera, que los tres hombres regaron con agua y vino. Fingiendo



que dormían en el jergón, esperaron a oír los ronquidos de la vieja, que, como la noche anterior, se había quedado dormida en la mecedora delante de la puerta.

Matarla no resultó difícil: el más joven, espoleado por los otros dos, la estranguló apretándole fuerte el cuello con las dos manos. Sus compañeros se acercaron cuando el cuerpo ya yacía en el suelo y abrieron la puerta. Dentro no había nada. El espacio que la noche anterior estaba repleto de oro y de objetos preciosos en aquel momento no era más que una habitación oscura y vacía, sin ningún mueble.

—¿Qué demonios pasa? ¿No nos habremos equivocado de estancia?

Los asesinos recorrieron la casa y abrieron todas las puertas: no encontraron absolutamente nada. Aquella humilde morada no contenía ni un solo objeto de valor.

—¿Quién se lo ha llevado? Y ¿cuándo?

Volvían a estar en la sala del tesoro y se dieron cuenta de que estaba cubierta de polvo y de telas de araña. Hacía años que nadie entraba en ella y era imposible que la noche anterior hubiera acogido todas aquellas riquezas.

—¡Lo vimos los tres! —exclamaban los vagabundos—. ¡Seis ojos fueron testigos!

En aquel momento solo tenían unas cestas vacías y un cadáver: eran igual de pobres que antes y, además, se habían convertido en unos asesinos.

Sin entender qué había ocurrido, decidieron huir enseguida. Se pusieron las capas y los zapatos, dispuestos a salir a la calle. Era una noche muy oscura.

—Nos dirigiremos a las puertas de la ciudad y les contaremos a los guardas que somos tres pobres vagabundos a quie-

nes la amable ciudadanía ha dado refugio durante dos días y que ahora retomamos el camino. Cuando mañana encuentren el cuerpo de la vieja, ya estaremos lejos.

Pero nada más abrir la puerta de entrada, se llevaron una sorpresa: las calles y las casas habían desaparecido. No había nada. Inmóviles en el umbral de la puerta, los tres descubrieron que el lugar que los acogía era una especie de islote flotante en medio del espacio. A sus pies se extendía una superficie vaporosa, una niebla densa y oscura: fuera de la casa se abría un precipicio.

—¿Qué demonios nos está pasando? ¿Dónde estamos?

No estaban en ninguna parte. Pobres y asesinos, finalmente habían dejado de existir. El más viejo de los tres, abatido, dio un paso adelante y se precipitó al vacío. Los otros dos, abrazados y llorosos, rezaron a Dios para que se acabara aquella pesadilla y aseguraron que estaban dispuestos a pagar por sus pecados. El mayor, que era tuerto, reveló que aquello era un castigo por su vida de crímenes y fechorías, y, arrepentido, se lanzó de cabeza a la nada, al igual que su compañero.

El joven, Ahmed, se quedó solo. Había tenido mala suerte en la vida. Sus padres habían muerto cuando era pequeño y se había criado en un orfanato. Hasta aquel día, jamás había hecho daño a nadie, pero acababa de matar a una persona. Aturdido por el pánico, cerró la puerta que daba a la nada. Se lamentaba por su desdicha y, en un murmullo, suplicaba que el mundo le ofreciera otra oportunidad. «Que todo vuelva a ser como antes, Señor. Que todo haya sido una pesadilla, por favor.» Cerró los ojos con fuerza. Un sudor frío le resbalaba por la frente y le temblaban las piernas. Entonces sintió una especie de mareo pasajero y, de repente, se sintió en paz. Abrió un poco la puerta y comprobó que la ciudad volvía a estar allí.

Se dirigió al cuarto del jergón. La vieja dormía en la mecedora y no se había despertado. Sin hacer ruido, abrió la puerta que custodiaba la mujer y vio una estancia oscura y vacía, débilmente iluminada por una antorcha en la pared. Rendido y desorientado, pensó que todo había sido una pesadilla y dio las gracias a Dios.

Al día siguiente, lo despertó la vieja, que le llevaba un cuenco de leche para desayunar.

–El rey quiere verte –le dijo, y se ofreció a acompañarlo al palacio.

Anduvieron por las calles, que empezaban a llenarse de ciudadanos que iban al mercado, al trabajo o al colegio, y que lo saludaban afectuosamente. El rey lo recibió en un salón decorado con mucho lujo.

–Me han dicho que te llamas Ahmed y que ayer, en las puertas de la ciudad, entregaste a dos experimentados delincuentes que, con sus fechorías, pretendían entorpecer la apacible vida de mi reino. Me han dicho que te los encontraste vagando por los caminos y que te costó mucho reducirlos. Lo conseguiste pese a la cantidad de opio que te obligaron a ingerir para ganarse tu confianza. También sé que llegaste exhausto después de esa proeza y que has podido descansar y recuperar las fuerzas. Necesitamos hombres como tú, Ahmed, dispuestos a defender la honestidad y la paz y a luchar contra la maldad y la mentira. Si tu vida ha estado llena de soledad y de desgracias, como me temo, te ofrezco una oportunidad para rehacerla.

Y, colorín, colorado, este cuento se ha acabado.